

Cristina Vela Delfa y Lucía Cantamutto  
(2021): *Los emojis en la interacción digital escrita*,  
Madrid, Arco Libros [Cuadernos de Lengua Espa-  
ñola, 144], 90 pp.



Las diferencias textuales entre la oralidad y la escritura han ido transformándose a través de la historia de las lenguas. Sin embargo, la revolución tecnológica que ha supuesto Internet y su impacto en la comunicación han cambiado los modos prototípicos de expresarse en español de forma abrupta, hasta el punto de disolver los límites clásicos que se imponían entre ambos canales. Si la instantaneidad, una mayor expresividad, la coloquialidad, la gestión de turnos y una menor distancia emocional entre los hablantes caracterizaban el lenguaje oral, estos rasgos se harán patentes también en el lenguaje escrito empleado en las aplicaciones de mensajería instantánea y en las redes sociales. Los estudios más clásicos, como los de Yus (2001) y Crystal (2001), adelantaron a través de formatos como los foros, las bitácoras y los correos electrónicos formas creativas que reproducen la expresividad de la oralidad, como es el caso de los emoticonos ASCII, pero en la actualidad el paisaje lingüístico presente en la red es totalmente distinto y obras como *Because Internet* de McCulloch o el estudio de De Benito y de Estrada (2017) constituyen un paradigma renovador, pero que, como ocurre con las obras más clásicas, no podrán soportar el vertiginoso ritmo con el que muta la comunicación virtual.

El libro que reseñamos, titulado *Los emojis en la interacción digital escrita*, consta de los siguientes cinco capítulos: 1) «La interacción digital escrita en lengua española», 2) «Los emojis en la interacción digital escrita», 3) «¿Qué significan los emojis?», 4) «Emojis en (inter)acción» y 5) «Usos y costumbres de los emojis». Si el primer capítulo se dedica a introducir la manera en la que Internet ha alterado las características prototípicamente asociadas al canal escrito, como hemos explicado con anterioridad, el segundo capítulo entra de lleno en el objeto de la obra desde una postura diacrónica, en la cual no solo se involucra al emoji como signo, sino también a todos sus antecedentes. Las autoras, en este

segundo capítulo, antes de explicar la historia de los emojis y otras formas de expresión semejantes que los precedieron, delimitan el emoji como un signo que no sustituye el discurso escrito, aunque ocasionalmente puedan sustituir palabras o, incluso, sintagmas. Tampoco es un signo de significación universal: 🤔 no expresa lo mismo en el inglés de TikTok (*risa*) que en el español que hablan los hombres gays jóvenes en Twitter (*cringe*); a lo que podría añadirse que los emojis no siempre son iconos, sino también símbolos en los que en muchas ocasiones se convencionan metafóricamente interpretaciones distintas entre diferentes comunidades lingüísticas y de habla. Este último rasgo convendría tenerlo muy presente para futuras investigaciones más específicas, ya que un signo como :) tiene una interpretación más icónica y universal que ▶, cuyo significado prototípico en el español de Twitter es el de expresar rechazo hacia una conducta desagradable, sobre todo de una potencial pareja (*red flag*). En este capítulo, Vela Delfa y Cantamutto se valen de la clasificación de Calero Vaquera (2014), según la cual existen los emoticonos ASCII —los conocidos llanamente como emoticonos, que incluyen los signos formados por caracteres, como :( o los *kaomojis* japoneses— y los emoticonos figurativos estáticos, que aparecen, primeramente, como representaciones pictográficas de los emoticonos ASCII —este es el caso de los *smileys* del MSN—, en los que se integran actualmente los emojis, cuyas diferencias y límites no son claros en la evolución de los distintos sistemas de representación en los que se han acabado fusionando. Un punto interesante señalado en el segundo capítulo es cómo todos los emoticonos, incluso los ASCII, han ido adquiriendo con el tiempo valores más figurativos, como es el caso de %#} para expresar un estado (*estar borracho*). En este capítulo se echa en falta relacionar esta tendencia a la figuratividad con el hecho de que muchos emojis no solo se utilizan como iconos, sino también como símbolos, a través de ejemplos concretos y de actualidad —casi ningún interlocutor piensa en el referente *payaso* al ver el emoji 🤡 cuando alguien ha hecho el ridículo en Instagram— y con algunos de los patrones a los que se ven expuestos los sistemas de escritura. Estos signos, en todo caso, tienen un objetivo común: sustituir a los kinemas, evitar la ambigüedad y romper con la frialdad que ha inspirado siempre la comunicación escrita en ámbitos no formales. A todo esto habría que sumar una función lúdica que permite combinaciones muy creativas. Las autoras desarrollan con gran acierto que el triunfo del emoji se debe, principalmente, a su estandarización a través de UNICODE y al ofrecimiento de muchas más posibilidades que los emoticonos ASCII, hasta el punto de haberse convertido en una categoría generalizada que ha absorbido otros paradigmas como el de los *smileys* y que en su diseño presenta cierta diversidad en distintas webs y aplicaciones, no tratándose, así, de un sistema restringido. De manera complementaria a los emojis, han surgido nuevas formas de comunicación multimodal insertas en la mensajería instantánea y en las redes sociales, como los *stickers* —que permiten ser creados por el usuario

desde cero o a través de sus imágenes, lo cual supera a las opciones de personalización que permite el teclado de Google al poderse fusionar varios emojis en uno en *apps* como Whatsapp— o la revitalización de los GIF, ya utilizados en los foros y en redes sociales como Twitter.

Todas estas cuestiones surgidas sobre el problema del significado en los emojis y su naturaleza como signo durante la lectura se materializan con el título de «¿Qué significan los emojis?», en el tercer capítulo de este libro. Siguiendo la literatura científica tradicional, persiste la idea de la iconicidad de estos elementos comunicativos. Y en cierto modo no es una idea equivocada, ya que la relación entre significado y significante, por muy abstracta, figurativa y metafórica que pueda tornarse, no es ni arbitraria ni ha perdido su transparencia entre significado y significante, cosa que ocurre con muchos logogramas en las lenguas del mundo a través de los siglos. Las autoras reconocen la abstracción y la creciente figuratividad a la que están expuestos los emojis y, en dos de sus estudios sobre los emojis más frecuentes y las interpretaciones que ofrecen los hablantes de estos, muestran que las opciones figurativas están ganando fuerza, aunque son los tradicionales *smileys* los que siguen liderando la interacción. Se apunta al hecho de que los emojis son muy dependientes del contexto, pero habría que indagar en si son mucho más dependientes del contexto y del cotexto que cualquier unidad lingüística canónica. No es lo mismo afirmar «yo corto el pan» que «yo he cortado con Juan» o «Pedro ha cortado a Silvia mientras argumentaba su posición». Tras lo expuesto en este capítulo, a algunos lectores les podría surgir la duda de si los emojis se procesan en el lexicón de la misma manera en que lo hacen las unidades léxicas, si tienen la misma relación con nuestra gramática o si, en cambio, son un hecho puramente pragmático y paralingüístico; para todo ello no pueden ofrecerse respuestas claras. Hay voces que empiezan a argumentar que los gestos, por ejemplo, no son signos paralingüísticos, sino plenamente lingüísticos (Özyürek, 2021). En este libro se hace mención de la semántica composicional y el reto que suponen los emojis para esta, pero quizá este no sea el tipo de semántica que pueda ayudarnos a entender el significado de estos signos, al no poder desglosarlos en unidades discretas menores como los semas, los sememas y los semantemas. Propuestas como la semántica cognitiva de Geeraerts (1997) puede que sean más adecuadas, al concebir las unidades léxicas como categorías naturales con límites dinámicos, difusos, que involucran en su polisemia entidades relacionadas por esquemas metafóricos y metonímicos y que no suponen la existencia de unas condiciones necesarias y suficientes para etiquetar un objeto determinado bajo la noción de prototipicidad. En todo caso, si algo ratifica este libro es que los emojis no forman un paradigma homogéneo, sino que hay emojis que transmiten un significado más icónico y universal; otros transmiten significados icónicos que divergen interpretativamente entre culturas o incluso entre los grupos que conforman una misma cultura, o simplemente entre

individuos; otros emojis, siendo icónicos, van adquiriendo significados más figurativos; y otros parecen estar sustituyendo el significado icónico por interpretaciones abstractas convencionalizadas más propias de los símbolos, pero partiendo siempre de la base de una relación icónica. Los usos, de hecho, son muy diversos: es muy común que en redes sociales como Twitter se utilice el corazón morado a modo de insignia para identificarse como feminista. Huelga decir que estas insignias no siempre son universales, ya que la 🍷 puede designar tanto a fans de Taylor Swift como a liberales; o el corazón verde tanto a personas a favor del aborto en Argentina como a los seguidores del partido político VOX en España. Otro uso interesante señalado en el texto es la utilización de deícticos espaciales como 📍, los cuales serían muy interesantes de plantear también en el eje de la realidad como deícticos textuales o, incluso, analógicos.

En el capítulo 4, «Emojis en (inter)acción», se explora la clasificación según el contexto en el que aparecen. Llama la atención la sustitución o la complementación de los signos de puntuación tradicionales por los emojis, especialmente cuando son dedicados a un propósito modalizante (como los famosos puntos suspensivos de duda, las exclamaciones o las atribuciones de distancia o agresividad que se hacen sobre el punto final en la mensajería instantánea). De acuerdo con la superestructura conversacional de Van Dijk (1983: 276-280), los emojis podrían distribuir sus diferentes funciones en sus diferentes fases. Normalmente, la fase de preparación suele disponerse bajo las señales de la propia aplicación (ventana y sonido de notificación, etc.). La fase de apertura puede presentar emojis que, como unidades aisladas 🙌 o complementando al saludo «Buenos días 🌞», dan inicio a la conversación; la terminación sería la fase opuesta y suele presentar mayor concentración de emojis, junto a la fase de conclusión, todo ello con respecto a la fase de objeto de la conversación y la de apertura. En lo que respecta a la microestructura conversacional, especialmente en la fase de objeto de la conversación, se dan turnos de habla y turnos de apoyo; en estos últimos, los emojis parecen sustituir los continuadores de la conversación, de baja informatividad: «aja, ya, mm, ah...». Las intervenciones reactivas contienen más emojis que las iniciativas; si una intervención iniciativa contiene emoji, es más común que la receptiva también lo contenga.

Por último, en el capítulo 5 («Usos y costumbres de los emojis») se plantea clasificar los emojis según su propósito comunicativo. Nos encontraríamos, así, con 1) emojis con funciones pragmáticas, 2) emojis con función expresiva y 3) emojis con función metafórica. Los emojis del primer tipo pueden usarse para mitigar el coste de un acto de habla (especialmente una orden), para incrementar o atenuar la fuerza ilocutiva, entre otras tantas funciones. Su posición en la oración marca la porción del discurso que se ve restringida, lo cual también afecta su función. Cabe mencionar también cómo se utilizan para contradecir el contenido proposicional y actuar como marcador de ironía. Los emojis del

segundo tipo tienen un carácter evaluativo y sirven para expresar y negociar determinadas posiciones intersubjetivas entre los interlocutores (White, 2004). Por último, debemos detenernos brevemente en el tercer tipo: emojis que sirven, principalmente, para sustituir palabras. La sustitución de palabras puede ser meramente icónica «compra 🍎» o puede evocar metafóricamente (el emoji 🍆 en un sentido sexual) o metonímicamente («hoy 🍷») un significado distinto al que representa la imagen, lo cual no lo hace distinto al cambio semántico de las unidades léxicas y el papel que tiene la metáfora y la metonimia en estas. A nivel sintáctico debe resaltarse que los emojis sean capaces de complementar la acción verbal, «voy 🏠, a casa»; de sustituir uno de sus argumentos, «compra 🍎»; o de sustituir al propio verbo, «si tienes alguna duda, 📞», lo cual quizá habría de considerarse como una integración al discurso lingüístico.

En definitiva, estamos ante una obra que comprime con bastante éxito en apenas ochenta páginas distintas posturas acerca del papel de los emojis en la interacción digital escrita a través del tiempo. En un libro tan breve, naturalmente, han de existir más preguntas que respuestas, ya que sirve como punto de partida para introducirse en un sinfín de posibles investigaciones al respecto. Si hay algo que debe explorarse a través de este acercamiento a los emojis es la necesidad de consolidar una categorización estable desde multiplicidad de perspectivas y de dar una definición consistente a este fenómeno. Es una obra que sigue un tono clásico y correcto, cuya función, dentro del paradigma teórico en que se integra, es la de organizar un estado de la cuestión sin mucho riesgo. Sobre esta base, los estudios experimentales tienen la obligación de acercarse a una realidad lingüística que precisa de un gran esfuerzo hermenéutico para captar todos los matices, conceptualizaciones e intenciones con los que los jóvenes y los no tan jóvenes se comunican en Internet, teniendo en consideración los conflictos de interpretación que se pueden dar entre distintas comunidades dentro, incluso, de una misma lengua. Solo de esta forma podemos progresar hacia una ciberpragmática menos conservadora.

## BIBLIOGRAFÍA

- CALERO VAQUERA, María Luisa (2014): «El discurso del Whatsapp: entre el messenger y el SMS», *Oralia*, 17, pp. 87-116.
- CRYSTAL, David (2001): *Language and the Internet*, Cambridge University Press.
- ESTRADA ARRÁEZ, Ana y Carlota DE BENITO MORENO (2016): «Variación en las redes sociales: datos twilectales», *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, 14, n.º 2 (28), 77-111.
- GEERAERTS, Dirk (1997): *Diachronic Prototype Semantics. A Contribution to Historical Lexicology*, Oxford, Oxford University Press.

- MCCULLOCH, Gretchen (2019): *Because Internet: Understanding the New Rules of Language*, Nueva York, Riverhead Books.
- ÖZYÜREK, Asli (2021): «Considering the Nature of Multimodal Language from a Crosslinguistic Perspective», *Journal of Cognition*, 4 (1), 42, pp. 1-5. DOI: <http://doi.org/10.5334/joc.165>.
- VAN DIJK, Teun A. (1983): *La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario*, Buenos Aires, Paidós.
- WHITE, Peter (2004): The Appraisal website: *The Language of Attitude Arguability and Interpersonal Positioning*. En línea: <https://grammatics.com/appraisal/> [03/07/2022].
- YUS, Francisco (2001): *Ciberpragmática. El uso del lenguaje en Internet*, Barcelona, Ariel.

Sergio Parrillas Manchón  
Universidad del País Vasco

Fecha de recepción: 25 de abril de 2022

Fecha de aceptación: 8 de julio de 2022